

Después del 10N



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

A lo largo de los años he venido publican- do en las páginas de TEMAS esta sección fija en la que he intentado analizar cómo evolucionaba *El pulso de la calle*. Siempre con la vista puesta en cómo la opinión pública interpretaba y sufría los vaivenes, incertidumbres y posibilidades de la coyuntura política, económica y social, y cómo entendía los principales retos del futuro.

Ha querido el azar que en esta ocasión coincidiera la publicación del número 300 de TEMAS y los 25 años de vida de esta revista con unas elecciones cruciales, que muy verosímelmente van a influir sustancialmente en el devenir de la sociedad española.

Contexto socio-histórico

Las elecciones del 10 de noviembre no deben –ni pueden– verse como unos comicios aislables de un proceso sociológico y político más general. Forman parte de una secuencia de hechos que han llevado a la democracia española a una encrucijada difícil, con riesgos de bloqueo político, acompañados de un corolario inevitable de erosión de la credibilidad y buena funcionalidad del sistema político, que pusimos en marcha con una Transición Democrática ejemplar.

Una Transición que, sin grandes costes ni tensiones rupturistas, condujo a España a una “democracia plena”, que según los Índices de democracia de la Unidad de Inteligencia de la revista *The Economist* se encuentra entre las veinte democracias más *completas* del mundo, por delante de países como Estados Unidos, Francia, Italia, Bélgica, etc.

La situación política a la que habíamos llegado con la Transición Democrática ha sido motivo de orgullo durante muchos años para la mayoría de los españoles, y nos acostumbró a una dinámica de realizaciones y avances económicos y sociales poco frecuentes en la historia reciente de España.

Por eso, muchos han vivido las incertidumbres y disfuncionalidades políticas de los últimos años con más preocupación e inquietud de la que sería razonable. De ahí que, después de varios años de dificultades para formar gobiernos con suficiente respaldo parlamentario, las elecciones del 10 de noviembre hayan revestido una especial importancia, incluso como test sobre la buena funcionalidad de nuestra Constitución y su capacidad para garantizar la formación de gobiernos estables, en las nuevas condiciones del mapa de partidos políticos. Mapa que responde a las características de sociedades cada vez más complejas, en las que inciden intereses, necesidades y demandas ciudadanas cada vez más heterogéneas y difíciles de aglutinar en torno a partidos mayoritarios, que puedan concitar apoyos suficientes en la sociedad y en el Parlamento.

Los resultados electorales

En esta ocasión, la voz de las urnas ha sido clara, pero no concluyente. Como todo el mundo esperaba y como anticipaban casi todas las encuestas, incluso las más manipuladas en función de intenciones propagandísticas bien concretas.

En su conjunto, no solo ha ganado el PSOE con una distancia apreciable respecto a los restantes partidos, con ocho puntos de ventaja sobre el siguiente (el PP), sino que también ha ganado la izquierda en general, con cerca de un 47% de los votos respecto a un 42,7% que suman los tres partidos de la derecha, que están gobernando en coalición las Comunidades Autónomas de Madrid, Andalucía, Castilla y León y Murcia.

La posición secundaria de las derechas se explica en buena medida por la espectacular caída de Ciudadanos, que ha pasado de tener el respaldo de un 15,9% de los votantes en abril de 2019, a solo un 6,8% en noviembre. Desplome que confirma, otra

vez, el mal fario de los partidos centristas en España, a pesar de la enorme potencialidad del centrismo sociológico. El destino fatal de los partidos centristas en España parece ser la autodestrucción de su credibilidad y su operatividad, a partir de políticas de coaliciones que acaban llevándolos a supeditarse a los partidos más clásicos de la derecha. E incluso de la extrema derecha, como se ha visto en las coaliciones en las que se embarcó el actual líder de Ciudadanos tras las elecciones generales de abril.

La voz de las urnas el 10 de noviembre ha apuntado nuevamente al PSOE como el único partido que puede poner en marcha el proyecto progresista y social que la mayoría de los españoles han respaldado.

Habría que ver, pues, si en las filas de Ciudadanos se ha entendido el mensaje de las urnas y si son capaces de cambiar no solo de líder, sino también de estrategia, o si son capaces de reaccionar antes de que su partido acabe como el viejo CDS de Adolfo Suárez, o la UPyD de Rosa Díez.

Efectos de las radicalizaciones

El problema, tanto de Casado como de Rivera, es que se embarcaron en estrategias de endurecimiento de sus discursos y en coaliciones que han acabado favoreciendo a la extrema derecha, que lejos de descender como auguraban algunas encuestas inicialmente, terminó remontando y afianzándose, con un 15,1%, como partido situado en parámetros de apoyo similares a los de otras formaciones de extrema derecha europeas. Lo que augura disfunciones y tensiones en la vida democrática española similares a las que se están viviendo en otros países de nuestro entorno.

En términos generales, puede decirse que la primacía de las fuerzas de izquierdas, en su conjunto, exige hacer –y asumir– una lectura política precisa de la voz de las urnas a favor de un gobierno progresista y social, liderado por el PSOE, que, aún con un pequeño descenso de décimas, consolida sus posiciones electorales, siendo otra vez el único partido que puede formar gobierno en el mismo sentido y dirección en el que se han pronunciado la mayoría de los electores.

La correlación de fuerzas que se ha dado en los ámbitos de la izquierda (con un predominio de 2,2 a 1 del PSOE respecto a UP) muestra la dirección en la que los españoles prefieren que discurra la gobernabilidad de España en los próximos años. Lo que debe hacer entender a las fuerzas minoritarias de la izquierda que es absurdo –y contrario a la voluntad mayoritaria– pretender imponer sus criterios y preferencias a la mayoría sociológica y política de la izquierda. Lo que supondría una inversión de la lógica democrática.

Finalmente, hay que resaltar que el grado de participación que se ha producido (casi el 70%), y la misma distribución de los votos, ha demostrado que ni los españoles estaban tan hastiados de la política y de los “políticos” como se sostenía irresponsablemente desde diversos púlpitos de comunicación, ni los resultados de las urnas han sido tan miméticos con los anteriores. Es decir, algunas cosas han cambiado entre los electores españoles después del fiasco bloqueador de las elecciones de abril y de los conflictos vividos en Cataluña. Conflictos que explican también el espectacular crecimiento de VOX.

Posibilidades de gobierno

Si se quiere evitar que la democracia española entre en una espiral de bloqueos y crisis recurrentes, no hay más opción que apostar por un gran acuerdo general de gobernabilidad entre las fuerzas democráticas, mientras se buscan las soluciones funcionales de fondo que podrían sustentar una reforma constitucional que adapte nuestra Carta Magna a las nuevas condiciones de diversificación y fragmentación de la sociedad española y su nuevo sistema de partidos.

Por lo tanto, más allá de las posibilidades de detalle para llegar a una mayoría parlamentaria suficiente que apoye la investidura de Pedro Sánchez como Presidente de Gobierno, en momentos como estos hay que pensar a medio plazo. Y hacerlo con suficiente generosidad y altura de miras, priorizando el interés general. Interés que, en este caso, exige, antes que nada, que se forme un gobierno que gobierne y que nos pueda sacar del bloqueo recurrente que alientan, y facilitan, los que entienden la democracia no como



"la mejor forma de gobierno posible", sino como un mero instrumento para intentar la "conquista del poder", paso a paso, por medios legítimos o ilegítimos, con la finalidad de acabar con ella y meternos, otra vez, en el túnel regresivo de la historia. Con todas las consecuencias.

La posible investidura y la formación de un gobierno encabezado por Pedro Sánchez no debe hacer perder de vista la necesidad de grandes compromisos democráticos que puedan asegurar la estabilidad democrática y la buena funcionalidad económica y social, evitando que se abra el camino a la derecha regresiva.

Por ello, hay que propiciar también grandes compromisos democráticos, que puedan asegurar la estabilidad democrática, las políticas sociales y de bienestar y la buena funcionalidad económica.

De ahí que lo primero que hay que pedir después del 10 de noviembre a todos los líderes y partidos democráticos es un compromiso coherente con el principio democrático basado en la ley de las minorías y las mayorías. Sean estas absolutas o relativas. Y, a partir de ahí, hay que

tener disposición para llegar a los acuerdos necesarios para que estas cuestiones queden bien orientadas en nuestra Constitución, y que en el futuro no tengamos que estar un día sí y otro también sometidos a una especie de "nueva ley de hierro del bloqueo", con todas las disfunciones y problemas que esto implica. Y, sobre todo, con el riesgo no despreciable de que los electores acaben hartos de las situaciones de bloqueo y de las incertidumbres, y terminen por dar la espalda a la política y a sus exigencias –y conquistas– procedimentales. Empezando por el simple hecho de votar o no votar. **TEMAS**